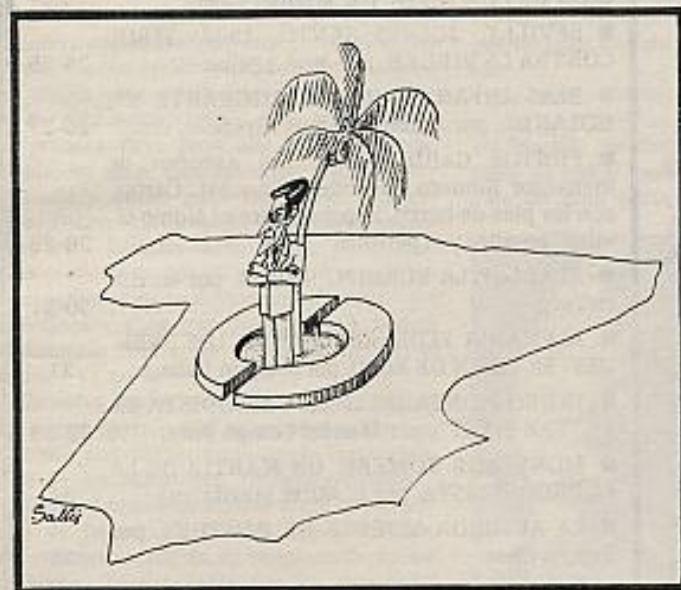


**E.
HARO
TECLEN**

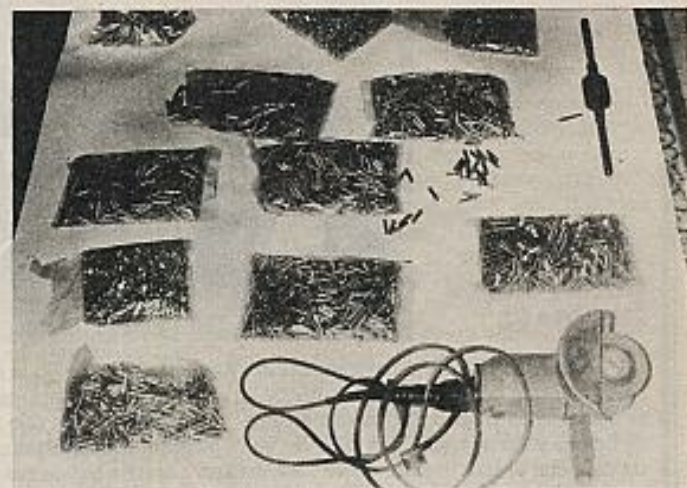
LA III REVOLUCION BURGUESA

EL sustrato de nuestra sociedad no es, evidentemente, el de los fabricantes y usuarios de bolígrafos pistola o el de sus jóvenes aprendices de porra y cadena; como no es el de los artificieros, secuestradores o pistoleros de ETA y alguna que otra sigla. Hay unas minorías, ínfimas en número, capaces de considerar a todos estos activistas como sus paladines, incluso como sus héroes; tampoco son representativas. No hay que sobrestimarlas. A la hora de cualquier recuento de votos se quedarán atrás, incluso muy atrás. A la hora de contar votos —y en España en los últimos años se ha votado más que en cualquier otro país del mundo, como consecuencia de unas circunstancias históricas y de lo que se considera necesidades de la transición— se encuentra, sobre todo, una mayoría moderada y un número elevado de abstenciones.



ES curioso observar que la continuidad electoral española, absolutamente inclinada hacia las soluciones democráticas, corresponde con bastante semejanza a los resultados electorales europeos de países donde lo que se refrenda no es ya la democracia —que no está en cuestión, sino adquirida de antiguo y con firmeza—, sino la manera de guiar esa democracia. Esa semejanza no aparece sólo en las elecciones de alcance nacional, sino incluso en las zonas geográficamente diferenciadas. Lo que predomina es un instinto de clase media, diríamos que de burguesía sin el matiz peyorativo que se había dado en épocas anteriores a esa clase. España busca desde hace años, quizá desde hace siglos, su "revolución burguesa" que supo asentarse en otros países. La Segunda República fue un intento de revolución burguesa, alzada frente a unas castas y clases con privilegios, que hacia el año 1931 habían caído en decadencia como consecuencia de unos avatares históricos. La República puso en marcha unos mecanismos de libertad y de reivindicacio-

nes sociales que amenazaron con desbordar sus modestas intenciones: a pesar de la contención de sus prohombres, Alcalá-Zamora y Azaña, o Martínez Barrio o Prieto, incluso en momentos de contracción abiertamente revolucionaria como el "bienio negro" de Lerroux-Gil Robles, la burguesía que había fraguado su revolución pronto gritó, con Ortega y Gasset: "¡No es esto, no es esto!"; sentían que su clase, que hasta la República había estado aplastada por arriba, podía despeñarse hacia abajo. El "movimiento" fue una rectificación burguesa, una revolución burguesa que intentaba salvarse de lo que la amenazaba. Le falló. Se creó otra casta, incluso más soberbia y más altiva que la que precedió a la República, se montó otro protocolo de privilegios y, sobre todo, faltó la libertad. Una revolución burguesa siempre está atizada por una necesidad de libertad propia, aunque quiera establecer unos controles sobre la de los demás; está dispuesta a una cesión de derechos durante un tiempo de crisis, pero no de una manera permanente. El mundo en torno estaba alcanzando un máximo de libertades, como consecuencia de una guerra ganada al nazismo y de un restablecimiento económico veloz. Se implantó una sociedad de consumo: la ola de prosperidad llegó a España, pero no pudo ser gozada plenamente porque el orden moral y psicológico establecido al final de la guerra civil sobrevivía a sus propias posibilidades. La tercera revolución burguesa de España en lo que va de siglo se produjo en los acontecimientos que van desde la muerte de Franco hasta nuestros días. Comenzó antes; comenzó a zapar el régimen mismo desde mucho antes de la muerte de Franco. No es una casualidad que las personas designadas para realizar esa aspiración burguesa fueran franquistas disidentes, gentes que habían hecho su carrera política y fraguado su personalidad dentro del régimen, y que calibraban sus fracasos de adaptación. Estaban representando una burguesía defraudada; pretenden representarla hoy todavía.



Ni los pistoleros de ETA ni los fabricantes y usuarios de pistolas-bolígrafo constituyen el sustrato de nuestra sociedad, sino que son minorías ínfimas de escasa representación.

EL
DESAGRAVIO



A la hora de cualquier recuento de votos —y en España, en los últimos años, se ha votado más que en cualquier otro país— se encuentra, sobre todo, una mayoría moderada.

EL retrato de la sociedad española de hoy es el de la mayoría de una burguesía moderada, en la que hay que incluir no sólo las antiguas rentas y profesiones, sino una parte creada de lo que antes se llamaba proletariado y de la artesanía, alcanzados por la difusión de los bienes de consumo. Incluso los viejos partidos proletarios y de clase obrera han tenido que ser sensibles a esta evolución social. Como todos los movimientos políticos españoles, es un movimiento tardío, con un retraso considerable con respecto al mundo en torno. Este mundo en torno se encuentra hoy amenazado por una crisis económica importante: está viviendo en ella y la está convirtiendo en crisis política e ideológica. En Europa, o incluso en los Estados Unidos, este progreso de la degradación se ha ido viviendo lentamente; en España ha tenido que agotarse en poco más de cuatro años, desde que se implantó el nuevo régimen —sobre todo, desde la evicción del Gobierno Arias-Fraga— hasta nuestros días. Se habían acumulado demasiadas ilusiones en el tránsito; se están acumulando demasiadas decepciones en la realidad de hoy. Es lo que llamamos el desencanto. De un extremo patológico de este desencanto surgen los actos de violencia. A pesar de su continuidad, a pesar de su frecuencia y de las dificultades de la represión limitada y justa, no representan la verdadera sociedad española.

A la sociedad española hay que buscarla en este camino enormemente mayoritario del voto a los partidos moderados y de la magnitud de la abstención, tomada ésta como una actitud burguesa. Es el mismo camino de las sociedades europeas que buscan su identidad casi desesperadamente. Son los partidos moderados, de la izquierda y de la derecha, los que tienen la responsabilidad enorme de ofrecer a esta sociedad tan amplia las posibilidades de existencia y de realización. En Europa se están ofreciendo, ahora, algunas opciones, que llegarán donde lleguen, pero que son un principio; por ejemplo, el frente político de Giscard d'Estaing y Schmidt, o el opuesto de Mitterrad y Berlinguer: los dos tienen en cuenta esa necesidad de sociedad abierta, imaginativa e identificada. No es el caso de España; de la España política, que está convirtiendo su propia crisis histórica y económica, y la crisis mundial económica y política, en un distanciamiento de clases, en un enfrentamiento de patronos y obreros, que no corresponde a las aspiraciones de una sociedad que vota como vota. ■

SUÁREZ repitió una vez más su lema de estos días, su "no nos moverán": "Nadie nos va a desplazar a la derecha", dijo en la cena de desagravio que le ofreció la UCD de Madrid. Suárez está agraviado, sin duda, por las circunstancias, que no son suaristas. Pero las circunstancias son unos "reveses coyunturales", decía la convocatoria, en todo el esplendor del eufemismo que, evidentemente, no van a "debilitar la solución centrista que España precisa". No, no nos moverán, no nos moverán. Realmente, la relación entre que las cosas salgan mal y los Gobiernos dimitan no ha podido ser todavía establecida en España de una manera científica. Se dice que pasa en el extranjero, o que pasaba en otros tiempos. Ahora hay otra moral, y está muy alta. Después de todo, si las cosas salen mal se les puede atribuir la culpa a los malos; Suárez vive "soportando las calumnias y las mentiras que nos lanzan desde un lado y otro del espectro político". Así, calumniada UCD por los resultados del referéndum andaluz, por los pocos escaños de las elecciones vascas y de las catalanas, el presidente y los hombres del presidente no necesitan más que un poco de tiempo. "Ya sabéis —dijo Suárez en lo que podía ser la frase antológica de la larga y cálida y entusiasta y triunfal noche— que UCD tarda algunos meses en resolver los problemas difíciles, y los imposibles, unos quince días más". Dada la larga estancia de UCD en el poder, la estancia de años y quince días más, ya saben ellos que en España no pueden existir problemas, ni siquiera los imposibles. ¡Suárez lava más blanco! (y si nos lo quitan, compramos otro). ¿Se puede vender un partido como se vende un detergente? Parece, por los resultados obtenidos hasta ahora, que sí, que se puede.

Así es UCD. Así son estos muchachos que lucen la elegancia un poco rígida de los maniqués de El Corte Inglés (boutique), la voz ligeramente engolada de una juventud que paseó mucho por la calle de Serrano, la sonrisa del "guerrero feliz" de Wordsworth ("Who is the happy warrior? Who is he/That every man in arms should wish to be?"), amando tanto el poder que "daría dinero por estar en él" (Suárez), y tanto más si en lugar de darlo lo produce; despreciando a los otros que lo quieren, a los "nerviosos con síndrome de sillón de terciopelo"; así están ellos, celebrando los triunfos que no existen, los triunfos de los votos derrumbados, de las autonomías hostiles, de los ceños de los amigos liberales; los triunfos del paro, de la inflación, del orden público, de los bolígrafos-pistola; felices guerreros que llegaron al centro, lo convirtieron en derecha, pero de forma tal que no admiten que se diga. Cuchicheando con obispos, dando amistosos golpes en la espalda a los generales, cenando con los banqueros; pero siempre interclasistas, superando las ideologías tradicionales y, sobre todo, hay que tenerlo en cuenta, superando "en profunda síntesis los antagonismos históricos".

Y, en tiempo de nubes, un banquete a tiempo. Nada ha habido jamás en España como un buen banquete para restaurar glorias calumniadas. ■

POZUELO